

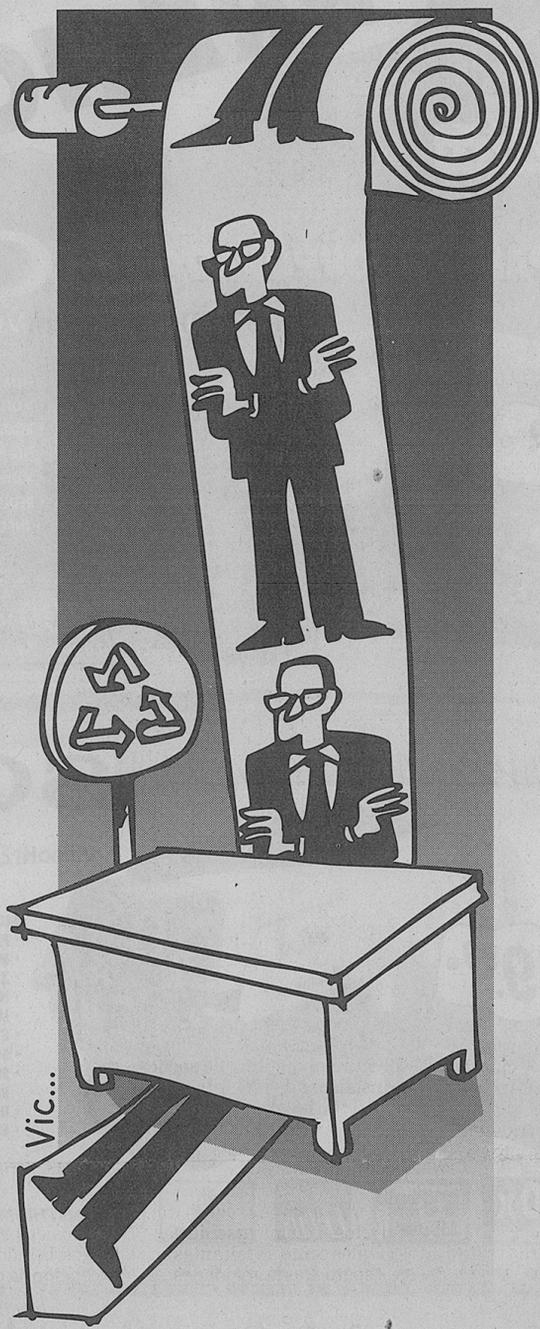
Los buenos burócratas

Además de una obligación constitucional y un asunto de justicia, la carrera administrativa es una necesidad económica urgente

Juan David Morgan

Si buscamos la palabra "burocracia" en el diccionario de la Real Academia Española, encontraremos que su primera acepción es la de, "influencia excesiva de los empleados públicos en los negocios del Estado". La misma palabra en inglés significa, en cambio, "cuerpo de funcionarios de gobierno no elegidos". Aunque es obvio que el problema no es de semántica, el ejercicio académico cumple el propósito de destacar la diferencia que separa ambos conceptos, más que en una y otra lengua, en una y otra cultura. Así, mientras para los anglosajones el "civil servant" constituye un elemento importante del Gobierno y goza del respeto de la comunidad, para nosotros los latinos, el término "burócrata" encierra por antonomasia un sentido peyorativo.

¿A qué obedece la diferencia? ¿Por qué cuando nos referimos a esos individuos que tienen la misión de servir al resto de los asociados aflora enseguida una actitud despectiva? Lamentablemente, ocurre que en nuestros países los partidos políticos se han convertido en grandes agencias de empleo y sus adherentes en simples clientes. Como norma general, quien se inscribe en un partido político lo hace pensando en alcanzar un puesto en el Gobierno. Y así, cada cinco años, si se produce la alternancia en el poder que caracteriza a la democracia, la agencia de colocaciones entra en funcionamiento y los burócratas de ayer son



reemplazados por los copartidarios de hoy. La consecuencia inmediata de esta triste realidad es que no hay gobierno que pueda funcionar bien y resulta poco menos que imposible ejecutar el presupuesto nacional.

sobre todo durante los primeros años que son los que la nueva burocracia utiliza para aprender. Y cuando el burócrata, finalmente, desentraña el tejermeje de la cosa pública, ¡zas!, llega el cambio que los manda para su casa y otra nueva pléyade de copartidarios se hace cargo... y así sucesivamente.

Nadie puede criticar que un mandatario quiera nombrar en los puestos más altos del Gobierno personas de su confianza, que usualmente son aquellas que comparten su visión e ideas políticas. Lo que no es aceptable es que también se eche a la calle a los mandos medios y al resto de los funcionarios y empleados que integran el engranaje gubernamental. Son estos los encargados de llevar a cabo, día a día, las diligencias y gestiones necesarias para la ejecución del presupuesto nacional. Es por ello que cada vez que la oposición sustituye al Gobierno, se produce un estancamiento en la gestión gubernamental que tan negativamente incide en el desarrollo económico del país.

Vistas así las cosas, la tan llevada y traída Carrera Administrativa, además de una obligación constitucional y de un asunto de insoslayable justicia social, pasa a ser una necesidad económica de urgente ejecución. Y como todos sabemos que los temas económicos son los que en última instancia determinan la conducta de individuos y pueblos (casi la única enseñanza que nos dejó un siglo de marxismo) —enfocándolo como un problema económico—, quizás los panameños alcanzaremos el entendimiento necesario para que la permanencia de los empleados públicos en sus puestos de trabajo dependa de su buen desempeño y no de su filiación política del momento. Solo entonces lograrán los gobiernos ejecutar debidamente los presupuestos estatales y la palabra burócrata dejará de ser un insulto.

El autor es abogado y escritor

¿Político honrado?

Rogelio Pretto

¿Existe el político honrado? Según la opinión de mucha gente en países democráticos por todo el mundo, pareciera que no. Esto es serio, pues el ciudadano que es representado por una persona deshonesta es privado de uno de sus derechos democráticos más fundamentales. Quienes vivimos en sistemas democráticos y cumplimos con nuestros deberes civiles lo hacemos contando con el principio de que ningún otro ciudadano está por encima de la ley, particularmente el político. El servidor público que es corrupto, irrespetuoso de las leyes que nos toca a todos obedecer por igual, nos ofende a todos y más seriamente al país. En otras palabras, le hace muchísimo daño a la patria y su costo social es enorme.

No hay discusión en que una democracia saludable necesita que los políticos jueguen limpio. Sin embargo, ahí los tenemos, una buena cantidad de ellos "garrapateando" en las salas de gobierno, pecaminosamente chupando la sangre al tesoro público. ¡Con qué persistencia siguen llegando al poder esta gente! ¡Qué hábiles parásitos son!

Con razón se violentan los pueblos. El abuso que sufren por parte de quienes deben servirle con rectitud, justifica su sublevación. ¿A quién no le hierve la sangre cuando se da cuenta de que su bienestar reposa en manos de tramposos? La trampa ha prostituido a la democracia, al punto de que esta ha perdido el ancla de su virtud: la fe de las mayorías. El poder del voto prácticamente ha perdido su validez; y prueba de ello son los resultados decepcionantes que rinden la mayoría de los comicios electorales alrededor del mundo. Lo que pasa por democracia hoy día es un híbrido infértil, compuesto de mecanismos que controlan los pocos que más tienen. La democracia está a la deriva y a la merced del dinero que la compra.

¿Habrá entonces que reinventar la democracia? ¿O reemplazarla por un sistema totalmente nuevo que de veras garantice la justicia social y que asegure contra su usurpación por la avaricia y la corrupción del político que la utiliza mezquinamente? Posiblemente. Las cosas que no funcionan invitan a que sean descartadas. Pero, si insistimos en que la democracia es la mejor vía para cambiar este estado de cosas, ¿cómo hacemos, cuando le es tan difícil impedirle el paso al político sucio y permitir que sean los limpios los que lleguen al poder?

La respuesta, creo yo, está en nosotros mismos; en lo dispuesto que estamos cada uno de nosotros a darnos cuenta de que la honradez pública comienza con nuestro propio comportamiento civil, en la manera que resistimos ser corrompidos nosotros mismos, a cualquier nivel. De esta manera aumentamos la posibilidad de evitar que gente corrupta ascienda al poder, pues a la hora de votar dispondríamos individualmente de un sistema personal de medición capaz de discernir entre el político bueno y el malo. Así como con nuestra propia conciencia, veríamos más allá de las promesas que nos ofrecen los políticos y los juzgaríamos por el vivo ejemplo de sus actos. No muchos embusteros pasarían la prueba de nuestro buen juicio.

Este trabajo de conciencia ciudadana individual comienza con no permitir que se nos contamine la pasión por el ideal de lo correcto. Mi suegro me dio una lección usando el ejemplo de un joven y ambicioso colonense que lo

había impresionado con su acalorado apasionamiento por sus ideales políticos.

Cuando recién regresé a Panamá de los Estados Unidos en 1964 con mi nuevecita familia, y lleno de ganas de formar futuro en mi patria, entre mis mayores ambiciones estaba la de ejercer poder político para ayudar a mi país a encontrar un mejor camino hacia la justicia social auténtica. Llegar a ser presidente estaba en la mira. En cualquier encuentro social u oficial que me encontrara y donde brotara la discusión política, aprovechaba para pregonar con gran ánimo y agresividad las virtudes de mis ideales.

Un día, mi suegro fue receptor de una de mis excitadas descargas y me contó del muchacho colonense. El joven era miembro de una familia influyente pero no adinerada de Colón que tenía varios miembros involucrados activamente dentro de las fuerzas socio-políticas de la provincia. Mi suegro, un norteamericano empresario, miembro respetable de la Cámara de Comercio de Colón, le había tomado cariño al joven, sirviéndole ocasionalmente de mentor en algunos de sus empeños. "El muchacho estaba lleno de ideales, como tú", me dice. "Iba a cambiarlo todo, a hacerlo todo mejor, a terminar con la corrupción y la injusticia". El idealismo del joven contagió de optimismo a mi suegro, pues ya conocía de lo corrompida que estaba la política del país y se daba cuenta del daño que le hacía a la ciudadanía. Llegó a creer mucho en el joven; estaba convencido de que llegaría lejos y de que iba a mejorar al país.

"¡Y miralo dónde está ahora!", me advierte de pronto, "un diputado tan torcido como los demás". Su mirada marcaba la desilusión que le causaba esa triste verdad. Tenía razón; yo conocía lo podrido que estaba el tipo.

Con los años aprendí —por experiencia propia— que la corrupción contamina con asombrosa facilidad a los seres idealistas que, en el fondo, no son fieles a lo que predicán o suficientemente fuertes para resistir sus tentaciones. He aprendido también que la deshonestidad política nace de nuestros vicios culturales, de nuestro propio hábito social de aceptar la corrupción —aun la de menor consecuencia— como parte del diario existir. Se origina también en el grado en que toleramos los efectos de la corrupción en nosotros mismos. Sin una brújula interna de honradez firmemente orientada hacia lo correcto, no debe extrañarnos por qué seguimos eligiendo al político deshonesto. Sin este compás tendríamos tristemente que aceptar que el político honrado ya no existe dentro de nosotros.

El autor es artista

El asbesto, enemigo mortal

Es necesario que Panamá empiece una campaña dirigida a eliminar el uso del asbesto por su relación con múltiples enfermedades

Raquel de Rodríguez

El asbesto, conocido también como amianto, es una fibra mineral natural extraída de rocas formadas en el suelo. Actualmente existen minas de asbesto en Sudáfrica y Canadá. El tipo más corriente se denomina crisotilo (asbesto blanco), producido principalmente por Brasil. El asbesto tiene más de mil campos de aplicación y se usa en las industrias de la construcción, naval, aeronáutica, farmacéutica, petroquímica y automovilística, por mencionar unas cuantas.

El peligro de este material está en que llegue al aire, ya que por su resistencia no se convierte en polvo como otras rocas, sino que se desprenden de él pequeñas y afiladas fibras microscópicas que, al conducirse por medio del aire y ser respiradas, penetran en los pulmones. También pueden incrustarse en la piel, produciendo unas verrugas llamadas "cuernos cutáneos", de los que aún no tenemos mucha información. Por tal razón, los materiales que contienen asbesto no se deben serruchar, perforar, taladrar, clavar, cortar, golpear o romper.

El uso del asbesto se conoce desde la antigüedad. Sin embargo, el conocimiento patológico de las enfermedades que ocasiona es prácticamente del siglo pasado. Se han hecho muchos estudios que han demostrado el efecto nocivo del uso indiscriminado de diversos materiales de asbesto; lo que no solo es una amenaza para los trabajadores en las fá-

bricas o en las construcciones, sino también para toda la población.

El primer caso de enfermedad conocida como "asbestosis" fue conocido en 1907, aunque sus investigaciones datan de 1899. El primer caso de cáncer pulmonar provocado por el asbesto fue descrito en 1931.

Existen diversas enfermedades relacionadas con el asbesto, entre las que podemos mencionar la fibrosis o asbestosis pulmonar, el mesotelioma (cáncer) pleural, peritoneal o pericárdico, que tiene un mayor período de incubación —30 a 40 años— y el cáncer de pulmón. Este último es el más frecuente entre las personas expuestas al asbesto, pues se calcula que del 20% al 25% de estas personas padecen de cáncer pulmonar.

Además de los cánceres ya mencionados, estudios efectuados en países europeos, Estados Unidos y Australia, han confirmado la asociación causal entre la exposición de asbestos y la ocurrencia de cáncer en los intestinos y en los ovarios. También se ha asociado el cáncer de laringe con el asbesto.

Actualmente, organismos sindicales y científico-médicos realizan acciones en contra del uso de los asbestos. Europa, Estados Unidos y Canadá lo ha prohibido, aunque este último país lo exporta a Panamá para fabricar las láminas de techo de asbesto-cemento, que están siendo usadas por personas y muchas compañías constructoras en todo el país. No hay suficientes controles del manejo de este producto, ya que estos techos están siendo cortados y taladrados al instalarlos, sin que las personas que los instalan o los trabajadores tengan el equipo adecuado que los proteja.

Además, las comunidades vecinas corren el riesgo de ser contaminadas, debido a la particularidad que tienen las fibras de asbestos de ser fácilmente aereotransportadas.

Los forros de embragues y afines también contienen asbesto, aunque ya

aquí en Panamá algunos negocios de repuestos de autos, conscientes de la problemática, los están vendiendo sin asbesto, indicándose en el producto: "asbestos free".

Tenemos conocimiento de que en el corregimiento de Monagrillo, en el distrito de Chitré—donde ha habido una gran incidencia de cáncer por muchos años—las tuberías de agua contienen asbesto; también hemos leído en un diario local que el presidente del Comité de Defensa Integral de Chiriquí está solicitando al IDAAN que cambie las tuberías de agua del corregimiento de Volcán, debido a que contienen asbesto y se sabe que este material produce cáncer. Igualmente hemos leído que en el Instituto Oncológico Nacional (ION) se detectan 4 mil nuevos casos de cáncer anualmente (La Prensa, 1 de marzo de 2000), aunque no sabemos si se han detectado sus causas. En julio de 1999, la Unión Europea decidió que la comercialización de todas las formas de asbesto serían prohibidas en los países miembros a partir del año 2005. Ya varios países—Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Suecia y otros—han adoptado esa decisión de forma parcial o total.

Es necesario que en nuestros países de América Latina y específicamente en Panamá, se empiece una campaña dirigida a eliminar al máximo todas estas sustancias cancerígenas. En ese sentido, en Brasil se realizará el próximo septiembre la "Conferencia Mundial de Amianto: pasado, presente y futuro", cuyo propósito es lograr la eliminación total del asbesto.

Exhortamos a la Universidad de Panamá y a la ANAM a que, igual que se midieron las concentraciones de plomo en el aire en Panamá—que ha sido un gran avance—también se midan las concentraciones de asbesto, "enemigo mortal de la salud".

La autora es doctora